

ENTREVISTA A MARÍA DE NAZARET¹

Sra. María, sé que puedo ser tremendamente inoportuno, ya que su hijo ha sido crucificado ayer no más; pero me gustaría saber más acerca de Jesús, sobre todo del modo como vivió usted su relación con él.

Usted me obliga a hacer un esfuerzo grande para sobreponerme a la pena. O, más bien, al desconcierto que estoy viviendo. Pero se lo agradezco, porque me ayuda a salir de mi horizonte estrecho de mamá. Contestando a su pregunta, le diría que mi relación con Jesús estuvo siempre marcada por esto: cada vez que me encerraba en mi horizonte estrecho de mamá, los acontecimientos me sacaban hacia horizontes más amplios. Es lo que espero que suceda también ahora.

No logro entenderla bien, sra.

Lo que le quiero decir es que en mi vida ha habido una y otra vez momentos, a veces muy largos, otras más cortos, en que yo he vivido simplemente como la mamá de Jesús, y muy feliz de serlo, como usted se puede imaginar. Pero esos momentos siempre han terminado en forma abrupta, sea por cosas que ha hecho Jesús, sea por cosas que le han pasado. Y esos acontecimientos, junto con producirme dolor – aunque nunca tan intenso como el que estoy sufriendo ahora por su muerte – me han abierto a un horizonte más amplio, más rico.

¿Qué tipo de horizonte?

Yo diría que el horizonte de Dios. Me corrijo: un horizonte en que asoma Dios.

¿Por qué se corrige?

[Silencio ruborizado] Porque ¿quién soy yo para pretender saber si estoy o no en el horizonte de Dios? Y tendría que volver a corregirme: se trata de un horizonte en el que yo me he abierto de una manera nueva a Dios, me he puesto en una actitud de disponibilidad a Él que antes no tenía de esa misma manera. Y eso me ha enriquecido.

¿Podría ser más concreta y contarme alguno de estos casos?

Puedo partir por el comienzo mismo de Jesús. Yo estaba comprometida para casarme con José. De pronto empecé a sentir náuseas. Los primeros días pensé que serían problemas estomacales pasajeros. Pero se juntó con que se me atrasaba y se me atrasaba la regla. Por fin hablé con mi mamá. Me dijo que todos los síntomas que yo tenía eran de embarazo. Me trató con mucha severidad. Pero yo estaba tan segura de que, de ser embarazo, no era por haberme acostado ni con José ni con ningún otro hombre, que parece que convencí a mi mamá. Al que no pude convencer fue a José, cuando se empezó a notar que mi vientre se hinchaba. Fuera de la casa todavía lo podía ocultar en los pliegues del manto. Pero dentro, sin el manto, ya no se podía. Y cuando venía a verme José, yo lo veía intranquilo. Hasta que un día me abordó. Como él sabía en carne propia que no era el padre de mi criatura, sólo tenía que convencerlo que no me había metido con nadie, y que lo que me sucedía era inexplicable. Dejó de venir algunos días. Cuando volvió, fue para avisarme que al día siguiente, de madrugada, se iba de Nazaret, que ya se había arreglado con un arquitecto de Gadara, en la Decápolis, para ir a trabajar con él. Como era territorio pagano, ahí nadie lo conocía. Me entregó también el libelo de repudio para que mi honor quedara a salvo. Yo sólo atiné a agradecerle su delicadeza para conmigo. Y se fue. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando lo veo aparecer al día siguiente tempranito! Venía con un rostro en que se mezclaban extrañamente una especie de suavidad hosca y una alegría radiante. Y me dice que esa noche ha tenido un sueño en que un enviado del Señor le ha dicho que no tema casarse conmigo, porque mi criaturita es de Dios. ¡Imagínese lo que esta revelación significó

¹ Tomado de Sergio Silva, Jesús, mi Señor. Santiago, Ediciones de la Universidad Católica de Chile y Fundación Coudrin, 2014. Segunda Parte: Jesús en mi imaginación. Capítulo 2: Entrevistas, 3. María de Nazaret, 155-170.

para mí! ¿Cómo yo, una pobre y humilde muchachita de Nazaret, estaba gestando una criatura para Dios? ¿Me entiende usted ahora lo del horizonte que se abre? Yo estaba viviendo como cualquier joven mi desposorio, esperando con cierta ansiedad nerviosa el día de la boda, para irme a vivir con mi esposo y tener mi propia familia. Y todo parece destruirse por el embarazo inexplicable que me sucede. Pero finalmente se trata de algo que Dios está haciendo en mí. ¡Qué gozo indescriptible sentí, pero también qué abrumadora responsabilidad! Lo que más me complicó fue que de pronto tomé conciencia de que no sabía qué tenía que hacer para criar este niño de Dios. Me consolaba pensando que iba a estar siempre con José a mi lado, un hombre tan bueno, tan justo y de fe tan profunda; él me ayudaría ciertamente a discernir los caminos de Dios.

¿Hubo más episodios semejantes de apertura dolorosa de su horizonte?

Por supuesto, y muchos. Usted comprenderá que después de saber que mi embarazo era obra de Dios, para José se hizo prácticamente imposible ejercer como esposo en mi carne. Y si lo hubiera intentado yo no se lo habría permitido; lo habría sentido como apoderarse indebidamente de algo de Dios. Si Él me había hecho esponsalmente suya, ¿cómo podría ser yo de otro? Lo bueno fue que ambos lo comprendimos así, y nos unimos íntimamente en el cuidado de nuestro hijo. Y créame que tuvimos una hermosa relación de pareja, pero en un horizonte abierto a Dios, siempre presente para nosotros en el niño, que era obra Suya en mí.

No sé si la molesto, sra. María, pero me ha despertado el deseo de seguir oyéndola.

Y a mí me hace bien contarle estas cosas. Las he guardado muchos años, meditándolas en mi corazón, pero al contarlas tengo que darles rasgos más precisos. Me hace bien también sentir cómo Dios ha ensanchado mi horizonte en el pasado actuando tan a contrapelo, tan paradójicamente, porque eso me da esperanza hoy, que mi hijo ha muerto.

Sigamos, entonces.

Yo le decía que el saber que la guaguüita que esperaba era de Dios me dejó en un estado nuevo. Sentía a Dios siempre conmigo. Pero ahí también hubo cosas que me costó comprender, que todavía hoy no comprendo del todo.

¿Cuáles, sra. María?

Piense usted que, cuando el niño todavía no nacía, tuvo que partir José a inscribirse a Belén, por la orden del Gobernador, que estaba haciendo un censo. Yo tuve que partir con él, a pesar de mi estado. Pero me decía a mí misma que nada nos podía pasar, si el niño era de Dios, porque Él se encargaría de protegernos. Así que calcule usted mi desconcierto cuando me vino el momento del parto, justo llegando a Belén, para colmo ya oscuro, y en el hotelito del pueblo no nos quisieron recibir. No quiero pensar mal; nos dijeron que con lo del censo estaban totalmente llenos, que no cabía una aguja más, pero yo creo que la señora que nos atendió captó mi estado y no quiso hacerse cargo de una parturienta. La cosa es que no nos quedó otra que refugiarnos en unas cuevas que hay a la salida del pueblo, que se usan bastante como pesebrera de animales, sobre todo en invierno.

Pero, finalmente, a pesar de la dificultad, el niño nació, y nació sano, sin problemas ni para él ni para usted.

Es verdad. Y yo estaba radiante de alegría, lo mismo que José. Como que el niño nos hacía olvidar todo lo malo que nos había ocurrido. Pero, de nuevo, me esperaba otro desconcierto. Al día siguiente, cuando yo no podía moverme todavía, llegaron unas extrañas visitas. Eran unos pastores, gente del bajo pueblo, y poco cumplidores de la Ley, porque su mismo trabajo los obliga a hacer en sábado lo que está prohibido. Venían contando que la noche antes habían venido unos ángeles, que les anunciaron que en Belén acababa de nacer un salvador. Y ellos habían partido al alba, y en Belén habían preguntado por un niño recién nacido. Les costó, pero

al final dieron con nosotros. Yo no lograba entender lo que pasaba. Porque lo que nos decían los pastores confirmaba lo que el ángel le había dicho en el sueño a José: mi niño era de Dios; sin embargo, me desconcertaba que los que habían recibido la noticia eran unos pastores, tan mal vistos por todos, y no las autoridades del Pueblo.

En realidad, es desconcertante.

Sí. Pero la cosa no terminó ahí. José pudo encontrar al fin alojamiento en una casa, y ahí nos instalamos esperando el tiempo de la purificación, los 40 días prescritos por la Ley. Como estábamos cerca de Jerusalén, nos quedamos en Belén para hacerla en el Templo del Señor. Fue todo tan extraño. Nos recibieron dos viejitos, Simeón y Ana, que entre ellos no tenían ninguna relación, diciendo al que quería oír que este niño – mi niño – traía la liberación para Israel. Pero yo me preguntaba por qué son personas tan mayores las que dicen eso, ¿quién las va a tomar en cuenta? Era como si, después de haberme abierto para reconocer que Dios había hecho algo grande en mi vida, todo lo que sucedía lo contradijera; o, más bien, era que no calzaba con lo que yo espontáneamente imaginaba que debía suceder.

¿Y eso duró mucho? Quiero decir, ¿hubo muchos acontecimientos que la desconcertaron?

Sí y no. Porque cuando ya estábamos para volvernos a Nazaret, tuvimos otra visita, muy extraña. Eran gente de Persia, de un pueblo, según nos explicaron, que se dedica a observar en las noches las estrellas. Ellos piensan que el cielo es como una gran tablilla en la que Dios, con los movimientos de los astros, nos escribe mensajes. Y todos en su pueblo se dedican la vida entera a descifrarlos. Ellos vinieron a vernos, porque habían leído en el cielo un mensaje de Dios que les decía que había nacido un rey de los judíos. Al llegar a la capital, hicieron lo que habría hecho cualquiera, sin saber que eso podía traer consecuencias fatales para mi niño: preguntaron a las autoridades por el rey recién nacido.

¿Cómo así? No le entiendo, sra. María

Yo creo que ellos se imaginaron que, si había nacido un rey, tendría que ser el heredero del trono. Por eso fueron donde el rey Herodes. Como él no sabía mucho, llamó a los sacerdotes y maestros de la Ley, que entendieron que ese rey debía ser el Mesías. Y buscaron en la Escritura y encontraron que el profeta Miqueas dice que ha de nacer en Belén. Así que se vinieron para acá. Y averiguando en el pueblo por algún niño nacido en la época en que ellos leyeron el mensaje en el cielo, llegaron a la casa donde estábamos alojados.

Pero, sra. María, ¿cómo va a ser eso desconcertante? ¿No es algo hermoso? ¿Y no sintió usted que esa visita confirmaba que su hijo era de Dios?

Sí y no. Porque se trataba de paganos, no de judíos. Era tan extraño todo. Primero los pastores, ahora estos paganos. Le aseguro que no entendía mucho. Y las autoridades seguían sin aparecerse, sin reconocerlo.

Pero usted me insinuó recién que esta visita trajo consecuencias fatales para su hijo.

Sí, porque el rey Herodes se sintió amenazado por este recién nacido rey de los judíos. Como él no es judío, pensó que, si el pueblo se enteraba, muy pronto lo iban a derrocar a él para entronizar al nuevo rey. Y, como era muy violento, no encontró mejor solución que hacer matar a todos los recién nacidos de Belén y sus alrededores.

¿Y cómo se libraron ustedes de perder a su niño?

De nuevo fue por un sueño que tuvo José. Manifiestamente, Dios se las arreglaba para proteger a mi niño, pero de una manera tan insegura, tan a último minuto, que yo quedaba siempre con la pregunta: ¿qué quiere Dios hacer con él y con nosotros?

¿Por qué dice usted que el sueño es una manera insegura?

Porque imagínese que José, al despertar, olvida el sueño. O, si lo recuerda, lo toma por un simple sueño. ¿Se da cuenta lo inseguro que es?

En rigor, por lo que usted me cuenta, no era fácil encontrarle el hilo a los acontecimientos. Después del sueño, ¿qué hicieron con el niño?

Tuvimos que huir precipitadamente, porque no sabíamos cuándo iban a hacer la matanza. Y nos fuimos hacia el sur, en dirección a Egipto, para salir de los territorios controlados por Herodes.

¿Estuvieron exiliados mucho tiempo?

No deben haber sido más de dos años. De nuevo, gracias a un sueño, José tuvo la certeza de que podíamos volver a Nazaret sin riesgos. Y así lo hicimos.

¿Cómo lo pasó en el exilio?

No fue fácil. En parte, porque a José nadie lo conocía y al comienzo no le llegaban trabajos de carpintería. Además que no tenía su taller propio y tenía que andar mendigando a otros carpinteros que lo dejaran trabajar en horas en que ellos no ocupaban sus herramientas. Pero lo peor era el trato con la gente. A nosotros nos costaba mucho, porque eran paganos, y todo contacto con ellos nos dejaba impuros. A ellos también les costaba, porque nos instalamos en un pueblo chico donde todos se conocían; nosotros éramos los únicos forasteros. Pero sucedió algo muy hermoso, que nuestro niño, con su mirada tierna y su sonrisa, atraía los corazones de la gente. Él nos abrió el camino para convivir en ese pueblo.

Me imagino que entre la infancia y el momento en que empezó la actividad profética de Jesús habrá habido algún otro episodio fuerte para usted.

Sí. El que más me marcó fue el de la primera Pascua en Jerusalén con él. Ya había cumplido los 12 años, era todo un varón israelita. Subimos a esa fiesta con él. Al volver, cuando llegamos al lugar donde pasaríamos la primera noche del camino de regreso, lo empezamos a buscar entre parientes y conocidos, porque no se había venido caminando con nosotros. Cosa que nos apreció normal, porque ya era adulto y no tenía por qué seguir pegado a nosotros. Ciertamente lo pasaba mejor con sus amigos. Y era su primer viaje: ¡tendría tanto deseo de conocer su tierra! El hecho es que no lo encontramos, nadie sabía de él. A medida que lo buscábamos se nos iba encogiendo el corazón. Yo terminé angustiadísima.

¡Vaya! Si era de Dios, ¿por qué tanta angustia? Ya se encargaría Él de protegerlo.

Se equivoca usted, señor. Nosotros habíamos recibido la responsabilidad por este niño y teníamos que ejercerla de acuerdo a nuestra fuerza y a nuestras capacidades. Ha de saber usted que Dios no hace lo que nosotros, pudiendo hacer, no hacemos. Él no anda metido en nuestras cosas como uno de nosotros; no es la mamá que va detrás del hijo ordenando lo que él desordenó. Así que, angustiados, decidimos con José volver a Jerusalén.

¿Esa misma noche? ¿En plena oscuridad?

Así es. Estaba saliendo la luna, que acababa de estar llena unos días antes, y el cielo estaba despejado. Aunque bastante fresco, el aire era primaveral y hacía agradable caminar. Llegamos a Jerusalén al clarear el alba. Fuimos donde los parientes donde nos habíamos alojado los días de Pascua. Tampoco estaba allí Jesús, ni sabían nada de él. Nos convencieron de que, antes de salir en su busca por la ciudad, comiéramos algo y durmiéramos para recuperar las fuerzas del doble viaje que habíamos hecho. De modo que, ya a la tarde de ese día, salimos a buscarlo. Sin éxito. Nuestra angustia crecía. Yo me sentía culpable ante Dios. Mi sueño de esa noche fue muy entrecortado por continuas pesadillas que me hacían despertar llena de sudor. Finalmente, a la tarde de ese segundo día, el tercero desde que habíamos partido de Jerusalén, lo encontramos en el Templo, en animado diálogo con los maestros de la Ley que ahí se reunían. Para qué le digo la vehemencia con que lo abordamos con José. “Hijo – le dije –, ¿por qué nos has hecho esto?”

Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando”.² Y él, como desde otro mundo, nos contestó muy sereno: “¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que debo estar en las cosas de mi Padre?”.³ En el momento, con José no entendimos nada. Nos dejamos, simplemente, llevar por el alivio de haberlo encontrado sano y salvo. Sin embargo, dándole muchas vueltas en mi interior y en largas conversas con José, llegué a comprender que él ya vivía en ese horizonte de Dios, al cual yo me iba asomando, impulsada, empujada, golpeada casi por estos acontecimientos. Por eso su respuesta la había sentido en su momento como que la hacía estando él en otro mundo.

Después de ése, ¿ya no hay más acontecimientos desconcertantes?

No. A partir de ahí siguieron casi 20 años de mucha estabilidad en la familia, interrumpida sólo por la muerte de José, ocurrida unos tres años después de sucedido lo del Templo que le acabo de contar. Sin embargo, empezó a preocuparme que Jesús no diera indicios de querer casarse y tener una familia propia. Quizá había en mí algo de egoísmo de abuela.

¿Cómo así?

Quiero decir que me daban muchas ganas de tener nietos. Y ya que había tenido un solo hijo era como si tuviera exceso de cariño por niños, no usado, ocioso, disponible. Pero él no parecía querer casarse. No es que fuera retraído ante muchachas jóvenes o que no se interesara por ellas. Le aseguro que era muy varonil. Y no faltaban las jóvenes que, felices, se habrían casado con él. Y, finalmente, nunca se casó.

¿Es éste otro de esos acontecimientos desconcertantes que le tocó vivir en su relación con él?

Sí, pero éste fue de otro orden. Porque no fue un hecho puntual como los otros que le he contado, sino un estado, algo así como un hecho permanente, que se alargaba siempre igual en el tiempo.

¿Y lo ha logrado comprender?

No sé si enteramente y a fondo. Lo que sí me ha ayudado ha sido ponerlo en relación con lo que nos pasó a José y a mí cuando tomamos conciencia clara de que el niño que yo iba a dar a luz era de Dios: ya no pudimos ser marido y mujer como cualquier pareja. Si Jesús era de Dios y vivía tan abierto a Su horizonte, quizá no le cabía la posibilidad del matrimonio. Su amor por Él y su entrega a Su voluntad eran de tal intensidad que, creo, no podía amar matrimonialmente a una mujer. Y no era por desprecio del matrimonio. Las pocas veces que me atreví a insinuarle mi deseo de verlo casado – creo que era una forma disfrazada de pedirle que me diera nietos – nunca me respondió desvalorizando el matrimonio como tal; su respuesta era siempre del tipo: tengo que ver qué es lo que Dios quiere de mí.

Tenemos, entonces, a Jesús viviendo con usted en Nazaret hasta hace muy poco...

Casi tres años.

...dedicado a su trabajo en la carpintería, que era, por lo demás, lo que a usted le permitía vivir. Y hace casi tres años...

Sí, hace casi tres años se me desaparece por algunos meses, sin decirme “agua va”. Me retracto. Me había dicho que iba al Jordán, ahí donde Juan, el profeta, estaba bautizando. Eran muchos, por no decir todos, los que iban de Nazaret, y también de los pueblos vecinos, a bautizarse. Juan había despertado la esperanza mesiánica una vez más. Pero de una manera nueva.

¿Por qué nueva?

² Lc 2,48.

³ Lc 2,49.

Porque no llamaba a la gente a levantarse contra el Imperio sino sólo a esperar la llegada del Mesías. Como si pensara que al Mesías le correspondería saber qué hacer frente a Roma, porque a él Dios sólo le había encargado preparar al pueblo para la llegada del Mesías.

¿Y usted no fue a bautizarse?

¡Qué pregunta! ¿No vive usted en Israel? ¿No sabe usted que estos asuntos mesiánicos sólo incumben a los varones? A nosotras nos tocan sólo indirectamente, a través de nuestro padre, nuestro esposo, nuestros hijos.

La cosa es que Jesús partió y pasaban los meses y no volvía, y usted nada sabía de él.

Los compaisanos que habían ido con él volvían, pero ninguno me traía noticias o recados suyos. Algunos lo habían visto con Juan, pero no sabían qué se había hecho después de bautizarse. Contaban que algunos de los recién bautizados se quedaban un tiempo por allá, como compenetrándose del anuncio de Juan; incluso algunos ingresaban al círculo más pequeño de discípulos que se iba formando en torno a él. Pero a Jesús no lo habían visto por esos lados.

Perdone lo pedestre y materialista: ¿de qué vivía usted en esos días, sin el trabajo de Jesús?

Es bueno que me lo pregunte, para que vea la laya de hijo que fue. Al partir me dejó más de 200m denarios que había estado ahorrando. Y me dijo que, como él salía por algunos días, yo guardara ese dinero y lo administrara para mis gastos mientras él no volviera.

El hecho de que fuera tanto dinero, ¿no la hizo pensar que él ya intuía que no volvería a casa?

No, para nada. Ahora, retrospectivamente, cuando empecé a proclamar por toda Galilea que el Reinado de Dios estaba muy cerca, me fui dando cuenta de que sí, que él algo barruntaba. Pero era, quizá, que sólo pensaba quedarse un tiempo largo con Juan. Pero a mí no me dijo nada.

De hecho, Jesús no volvió. ¿Cómo supo usted de él?

No es que no volviera, así definitivamente. Un día, al atardecer, llegó a casa. Habían pasado varios meses desde su partida. No venía solo, lo acompañaban algunos pescadores de Cafarnaúm y uno que otro galileo más. Me los presentó como sus amigos, que había conocido donde Juan. Pero uno de ellos, Simón, lo interrumpió para decir que no eran amigos sino discípulos suyos, y que Juan les había dicho que lo siguieran, porque era el que había de venir. En esos días yo estaba invitada a una fiesta de bodas en el pueblo de Caná. Fuimos con Jesús y sus amigos o discípulos. Así que esa vez estuvimos juntos varios días. Fue la estadía más larga desde que se fue a bautizar al Jordán.

Por lo que me contado hasta aquí, es probable que esta visita, sobre todo por el hecho de haber empezado a tener discípulos, le haya provocado un nuevo desconcierto.

Así fue. Pero como que yo ya estaba curtida. Lo que más me daba trabajo era lo que dijo Pedro que había dicho Juan acerca de él. ¿Qué podía significar eso de que Jesús, mi hijo, era “el que había de venir”? ¿Quería decir que era el Mesías que esperamos? Pero, entonces, ¿dónde estaba el poder de Dios que el Mesías debía emplear para restaurar a Israel? Porque yo, que lo conocía desde que empezó a gestarse inexplicablemente en mi vientre, nunca había visto en él ni el menor asomo de un poder divino. Y ahora que murió crucificado, menos todavía. Sin embargo, en Caná se produjo un episodio que me desconcertó dentro de mi desconcierto.

¿Cómo así? ¿Qué quiere decir con desconcertarse dentro de su desconcierto?

Yo estaba desconcertada porque lo que me contaban de Juan sus amigos no calzaba con mi Jesús. Pero en Caná sucedió algo que sí se podía hacer calzar con lo de Juan. Debe haber sido como al tercer o cuarto día de la fiesta, cuando faltaban todavía dos o tres días, que me di cuenta de que se estaba acabando el vino. Y empecé a sufrir por adelantado con el bochorno que iban a experimentar los novios y mis parientes, que me eran muy queridos. Se lo comenté a Jesús,

por si se le ocurría algo. Me contestó una cosa muy dura, algo así como que tú y yo no llevamos velas en este entierro; o sea, que es problema de ellos, no de nosotros. Pero añadió algo misterioso: “aún no ha llegado mi hora”.⁴ Me quedé pensativa. Y de pronto lo junté con lo de Juan: si mi hijo es el que tenía que venir en algún momento tendrá que manifestarse como tal. ¿Y si fuera ahora? Y, sin pensarlo dos veces, fui donde los encargados de servir el vino, que estaban cada vez más complicados porque ya no quedaba casi nada, y les dije que fueran donde Jesús y que hicieran lo que él les mandase. Y él se portó de maravillas. Los mandó llenar de agua las seis tinajas de la purificación y luego sacar de ahí y llevarle al encargado de la fiesta: ¡era un vino de lo mejor que se pudiera pedir! El más sorprendido era el novio, que no sabía de dónde había salido esa exquisitez. Yo se lo conté a los amigos de Jesús, y eso consolidó la fe que ya les había transmitido Juan. Y a mí se me abrió también un nuevo horizonte: verdaderamente Dios ha empezado a actuar a través de mi hijo. Me acordé también de los profetas que hablan del tiempo mesiánico como del tiempo de la boda de nuestro Dios con su pueblo, una boda celebrada con un banquete de ricos manjares y vinos exquisitos. Pero eso fue sólo como un chispazo, no siguió un incendio. Y eso me volvió a desconcertar.

No la entiendo, sra. María. ¿Me puede explicar eso del incendio?

Si Jesús era el Mesías, como me pareció creer juntando lo que había dicho Juan con mi experiencia en la boda de Caná, supuse que habría debido muy pronto tomar el poder de Dios para ejercerlo en plenitud. Sin embargo, siguió un camino tan diverso.

¿Usted lo acompañó en sus correrías por Galilea?

No, él nunca me invitó. Al comienzo se le juntaba mucha gente. Les gustaba oír su predicación. Sobre todo acudían a curarse de sus enfermedades. De entre la gente que lo seguía, él llamó a un pequeño grupo de doce para que lo acompañaran, compartiendo su vida itinerante. Había en ese grupo cercano también algunas mujeres, que son las que estuvieron conmigo ayer al pie de la cruz. A veces, cuando oía decir que él andaba cerca de Nazaret, salía para oírlo y para estar un rato con él, si es que podía, porque a menudo se quedaba conversando con alguien que lo necesitaba o se iba a la casa de otro donde había algún enfermo y llegaba tarde, cuando yo ya me había ido de regreso a mi casa.

¿Hubo episodios importantes en esas, llamémoslas, visitas que usted hacía a Jesús?

Quizá uno que recuerdo bien. Él estaba esa vez contando sus hermosas parábolas, como era su costumbre al predicar. Cuando terminó, una mujer me alabó sin conocerme personalmente, simplemente por haber dado a luz y criado a un hombre tan maravilloso. Él sabía que yo estaba por ahí, entre la multitud de los oyentes, porque, al llegar, me había acercado a él para saludarlo. Sin embargo, no hizo ninguna alusión a mí; al contrario, expresó un cierto rechazo. La mujer había dicho: “¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!”, o sea, mi vientre y mis pechos; pero él replicó: “Felices, más bien, los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica”.⁵ El dolor que me produjo su respuesta era el mismo que ya había experimentado tantas veces, cuando el estrecho horizonte de mi relación de madre con él tenía que romperse para dar cabida a Dios.

¿Recuerda algún otro hecho en esta misma línea?

Sí, quizá el más doloroso. Fue en los comienzos de su actividad pública, poco después de que estuviera en Nazaret, donde le fue tan mal y estuvo a punto de que lo despeñaran cerro abajo. La gente de mi familia vino a hablarme, muy preocupada por Jesús. Lo que habían visto en Nazaret y lo que oían de los otros pueblos les hacía pensar que su vida corría peligro. Y que, además, parecía estar un poco fuera de sí, que se había vuelto un poco loco. Eso me dijeron y

⁴ Jn 2,4.

⁵ Lc 11, 27-28.

me dejaron muy preocupada. Les pedí consejo, qué podíamos hacer por el bien de él. Después de pesar pros y contras de diversas posibilidades, llegamos a la conclusión de que había que ir a buscarlo para traerlo de vuelta a casa; que había que convencerlo de que volviera a su tranquila y normal vida anterior, de buen vecino apreciado por todo el pueblo, no sólo por su buen trabajo como carpintero, sino sobre todo por lo buena persona que era.

Pero usted ya estaba convencida de que Dios estaba actuado en él. ¿No era esto ponerse contra Dios?

Compréndame, yo estaba pasando un momento de gran confusión; era lo del puro chispazo que le decía hace un momento, pero que no había dado origen a un incendio. El hecho es que fuimos a buscarlo. Y se produjo algo que me ayudó a salir, dolorosamente, de mi estado de confusión. Cuando llegamos al pueblo donde sabíamos que estaba, lo encontramos predicando en una casa llena de gente. Con los que estaban en la puerta le mandamos a decir que estábamos ahí, buscándolo, la madre y los hermanos. Cuando se enteró, habló bien fuerte, como para que lo escucháramos nosotros afuera. Y dijo que su madre y sus hermanos son los que hacen la voluntad de Dios. ¿Se da usted cuenta? De nuevo, lo mismo de siempre: se me rompe el horizonte de mi pequeña y estrecha relación de madre a hijo, porque entra Dios, y yo tengo que abrirme a Él de una manera nueva.

[Hay un largo silencio]

Sra. María, no sé si puede y quiere hablar de lo de ayer.

Seré muy breve. Ayer he experimentado la muerte de mi hijo. Pero no una sino dos muertes. Una es la evidente, él ha muerto crucificado. La otra la he vivido yo sola, quizá ha habido también un testigo, ya va a saber usted quién es.

No le entiendo lo de la otra muerte, sra. María

Una de las últimas cosas que hizo Jesús cuando colgaba en la cruz fue decirme, señalando a su discípulo amado – el único que lo acompañó, junto con nosotras, las mujeres, hasta el fin –, “Mujer, ahí tienes a tu hijo”.⁶ O sea, pensé yo en mi interior, ya no eres tú, Jesús, mi hijo. Y eres tú mismo el que te despojas de tu relación de hijo conmigo y se la das a este otro. Y, con ello, me despojas a mí, unilateralmente, de mi condición de madre tuya. ¿Y si yo no quisiera aceptar? ¿Si, a pesar de estar tú muerto, yo quisiera seguir siendo tu madre, aferrada a mi condición de mamá, al hecho duro e indesmentible de haberte llevado en mi vientre? Pero Dios vino en mi auxilio y recordé cuántas veces el horizonte estrecho de mi relación maternal había sido roto para ampliarlo y darle cabida a Él, siempre desconcertante, y, una vez más, me entregué. Con la esperanza, que no disminuye en nada el dolor que estoy viviendo, de que, una vez más, al otro lado del desconcierto, Dios me dará la paz y saldré enriquecida de este episodio final.

¿Se imagina cómo?

No me lo puedo imaginar. Sé, porque es parte de mi fe en el Dios de Israel, que Jesús resucitará en el último día, como por lo demás todos nosotros. Pero tenga usted en cuenta que yo había creído que mi hijo no era sólo mi hijo, sino el Mesías anhelado. La resurrección final puede bastarme para imaginar una acción de Dios respecto de mi hijo, pero si mi estrecho horizonte de mamá ya ha sido roto tantas veces para dar cabida al horizonte de Dios, no me basta. Porque la muerte del Mesías es la muerte de la esperanza de Israel, es el fracaso de Dios en nuestra historia. Su pueblo, el que Él eligió, el que Él fue guiando por los profetas con la esperanza de los tiempos mesiánicos, este pueblo no ha sabido reconocer al Mesías cuando ha venido, lo ha rechazado y le ha dado muerte. ¿Cómo quiere usted que me imagine qué va a hacer Dios para salir de este pozo negro?

⁶ Jn 19,26.

* * * * *

(En la entrevista a María me doy cuenta de que he optado por el relato de la infancia de Jesús del evangelista Mateo que, ahora, desde el punto de vista de María, me parece incompatible con el de Lucas, tan hermoso, por otro lado. ¿"He optado" o ha optado mi imaginación, mi inconsciente? ¿Qué importa saberlo?

Quizá la opción ha estado determinada porque en Lucas los personajes saben demasiado acerca del futuro que les aguarda. Los seres humanos vivimos sin tanto saber.)